



Fernando Aínsa



Un mensaje para los náufragos que luchan, La victoria sobre sí mismo de José Enrique Rodó

A la memoria de la profesora de Literatura del 4.º C del Liceo Vaz Ferreira de Malvín en 1954, Sara de Ibáñez.

Dos homenajes a José Enrique Rodó celebrados en el intervalo de cuatro años -el cincuentenario de su muerte en 1967 y el centenario de su nacimiento en 1971- me provocaron algunas reflexiones personales sobre un escritor al que siempre había querido ver más allá de la fama y el nombre con que había aparecido investido, desde que me recordaba leyéndolo en 1954 como texto obligatorio de clase en secundaria.

Intuía ya en ese momento que otro tenía que ser el verdadero hombre agazapado detrás de la fama hispanoamericana de *Ariel*. La llave para entrar a ese cerrado jardín de su personalidad me parecía intuirlo en la forma cómo Rodó había muerto, mejor aún cómo Rodó se había dejado morir. Sólo alguien muy cansado por un largo combate íntimo y secreto podía abandonarse lentamente a un destino que, tal vez, hubiera podido cambiarse a tiempo. El secreto para entender el auténtico combate de su vida, estaba en su muerte. Años después, en 1967 y en 1971, me vi obligado a escribir sobre Rodó. Los aniversarios me pusieron de nuevo frente a Rodó, no para redactar un escrito liceal bajo el control de Sara de Ibáñez, como en 1954, sino para recordar a los lectores de *Hechos* y *El Diario*, respectivamente, un cincuentenario y un centenario. Lo más honesto me pareció presentar al Rodó que había creído descubrir más allá del público homenaje. El texto que sigue sintetiza ambos artículos.



Más allá del bronce, las lágrimas

El mejor homenaje que puede hacerse a José Enrique Rodó en el centenario de su nacimiento que se cumple en el día de hoy -15 de julio de 1971- es intentar una aproximación distinta al autor de *Ariel*. El Rodó más conocido empezó a forjarse a partir de aquella tarde del 3 de mayo de 1917, cuando la conmoción provocada por una manifestación estudiantil se trocó por la de la noticia de su muerte y los mismos bullangueros estudiantes pasaron a desfilar silenciosamente ante los pizarrones de los diarios, donde se leía el telegrama fechado el día 2 en la ciudad de Palermo.

Ese mismo día empezaron a correr los ríos de tinta del homenaje permanente que el Uruguay le ha venido tributando y que le negara, en buena parte, en vida. Y en la medida en que ese gran respeto a su figura se iba levantando, pareció como si su rostro humano, apenas recogido en una docena y media de buenas fotografías, fuera adquiriendo la fría dureza del mármol y su cuidadosa prosa se fuera fundiendo en bronce.

Rodó no necesitaba -como no necesita hoy- de más monumentos u homenajes vacíos. Empezaba a necesitar, por sobre su fama y respeto, una comprensión y un acercamiento a su obra y pensamiento que no estuviera previamente pautado por la obligada composición escolar o liceal, por el discurso o el renovado homenaje al pie de su monumento en cada una de las fechas que recuerdan su nacimiento.

Curiosa paradoja no exenta de tristeza, porque hay un Rodó subterráneo, más allá de muchas de sus frases más percederas al que vale la pena acercarse y del que puede percibirse, apartada la hojarasca de las prosas a él dedicadas, su más íntimo temblor, su más válida y dramática humanidad.

No es fácil, sin embargo, penetrar en el íntimo sentir de un hombre sobre el cual todos sus contemporáneos y biógrafos han coincidido en que era poco comunicativo y muy reservado y del que nadie pudo recoger confidencias. Más aún cuando su obra se aparece revestida siempre de optimismo y confianza en el hombre de *Motivos de Proteo*, ribetes de fe -43- en la humanidad más claros todavía en su obra póstuma, *Proteo*.

△ ▽

La trastienda del optimismo

Hay que rastrear su propia producción para explicar «esta clara contradicción entre la experiencia angustiosa del hombre Rodó y el optimismo que refleja el escritor Rodó» como señalara el crítico Emir Rodríguez Monegal en el estudio que precede la edición

de sus obras completas. Un artículo periodístico aparecido el 4 de diciembre de 1915 da una pauta de ese oculto ovillo de desazones: «La parte de personalidad puesta en transparencia por la obra no es siempre la misma que el hombre manifiesta en la sociedad y en la acción, sino con mayor frecuencia, otra más íntima, tal vez contradictoria con aquella y que busca el regazo de la fantasía para tregua y olvido de la realidad».

Una frase escrita en 1916 completa ese pensamiento: «La imaginación es el desquite de la realidad y lejos de quedar constantemente impreso en las páginas del libro el ánimo occidental, ni aún el carácter firme de quien lo escribe, es el libro a menudo el medio con que reaccionamos idealmente contra los límites de nuestra propia y personal naturaleza».

△ ▽

La desesperación de los papeles inéditos

Pero es entre sus papeles inéditos encontrados después de [...] ²⁷lucha interna «esa clara contradicción». «Cada uno de mis motivos esperanzados -escribió con letra vacilante- es la sanción de una previa e intrincada lucha interior con la desesperanza y el pesimismo. De manera que los que ofrezco cuajados de admiración y arte son los momentos normales que son, en mí como en todos, de duda y a veces de desesperación. Ofrezco a los demás la manera como triunfo de mí mismo en la lucha. No se ve la pirámide de sombras que nacen del sustentáculo, sino sólo el vértice de luz con que ella se corona en el relámpago de la victoria. No se ve el pecho negro del pájaro, se ve la pluma blanca del pájaro negro...».

-44-

Si en base a esta perspectiva se revisa la obra de Rodó y el particular momento espiritual en que ella se genera -ese 900 tan lleno de ideales y de verbos conjugados en mayúscula- es posible entender gran parte de los escritos salidos de su pluma. Rodó se negaba a entregarse a un pesimismo fácil, a que el medio hostil en que vivía podía haberlo conducido naturalmente, y del que podría haber emergido vestido con los ropajes de las modas del Parnaso, del Simbolismo, del Decadentismo y del Psicologismo. Sentía una ansiedad de cosas nuevas en el piélagos decadentista y anarquizante que ya expresó en *El que vendrá* diciendo: «Entretanto, en nuestro corazón, y nuestro pensamiento hay muchas ansias a las que nadie ha dado forma, muchos estremecimientos cuya vibración no ha llegado aún a ningún labio, muchos dolores para los que el bálsamo nos es desconocido, muchas inquietudes para las que todavía no se ha inventado un nombre...».

El camino no le será fácil al Rodó amante del equilibrio y de cierta ponderación razonable en el juicio. De haberse librado a las fuerzas extremas que pugnaban en su alma otra hubiera sido su obra, otro su destino. Pero al esforzarse por obtener «el

equilibrio interior» que vuelca a la misma capitulación propuesta para *Proteo* indica que su tensión interna debió ceder más de una vez a la desesperación.

El mismo Rodríguez Monegal afirma que hay «una esencial dualidad de la naturaleza rodoniana, dualidad que él no intentaba superar, sino agotar en sus extremos de dicha y de dolor. Un largo aprendizaje del dolor parece su aventura interior de los últimos años (...) Sumergido en la duda y en la soledad, anegado por la tristeza, Rodó se niega a dar rienda suelta a su pena, a cultivar su duelo y se sobrepone, lucha, tiende a recrear, así sea en el entusiasmo de la creación literaria, la felicidad del “estado glauco”, esa serenidad griega que transmite a su prosa el aura marmórea intacta».



La victoria sobre sí mismo

Nada más ajeno, pues, en Rodó, que una prematura vocación -45- de eternidad o un calculado anticipo del bronce que hoy lo plasma como ejemplo. A todo lo más, un intento de lograr una victoria sobre sí mismo («Yo concibo la vida y la producción de un escritor -escribió a su amigo Francisco Piquet- como una perpetua victoria sobre sí mismo») apenas un modo y un gran esfuerzo por sobreponerse a momentos como el borroneado en una cuartilla el 3 de mayo de 1906 en la Biblioteca del Ateneo donde estaba trabajando: «Hoy, día y hora aciagos, con sensación de angustia que no me cabe en el pecho, después de salir un rato a tomar aire, a moverme para desahogar la nerviosidad que me tiene trémulo: hoy acumulo en uno todos los recuerdos de este año terrible, en que no ha habido para mí un día de paz, de tranquilidad, de despreocupación; en que no he tenido un respiro en el temor constante, en la convulsión agónica de una perpetua amenaza suspendida sobre la cabeza; en que he derramado más lágrimas quizás que en todos los demás años de mi vida...».

¡Qué lejos está este Rodó del afectado y puntilloso de tantos de sus escritos públicos! Qué lejos, pero cuánto más cerca de una imagen sensible que sus más encendidos panegiristas le niegan sin querer, al cargarlo de un empaque que su natural desaliño no hubiera podido soportar. Su drama es su triunfo; su angustia es la que hace a su prosa parte de algo vivo y dinámico, fuente generadora de nuevas ideas. No el granito ni el bronce, ni -tal vez- sus páginas más reconocidas. La verdad suele estar siempre en la trastienda del optimismo.

Sus propias palabras pueden cerrar esta nota de homenaje distinto, unas palabras que pautan su solitario triunfo: «Cuántas veces, en momentos de desesperación o de duda no me ha ocurrido pensar. “No, esta confianza y esta fe que prediqué no son mías!”. Pero braceando para dominar la ola negra, sofoqué para los demás el grito de mi cobardía hasta encaramarme otra vez sobre la roca y allí, de nuevo, lanzar el grito de triunfo y el saludo al sol, irguiéndome en toda mi talla para que los otros náufragos que luchan me viesen».

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

